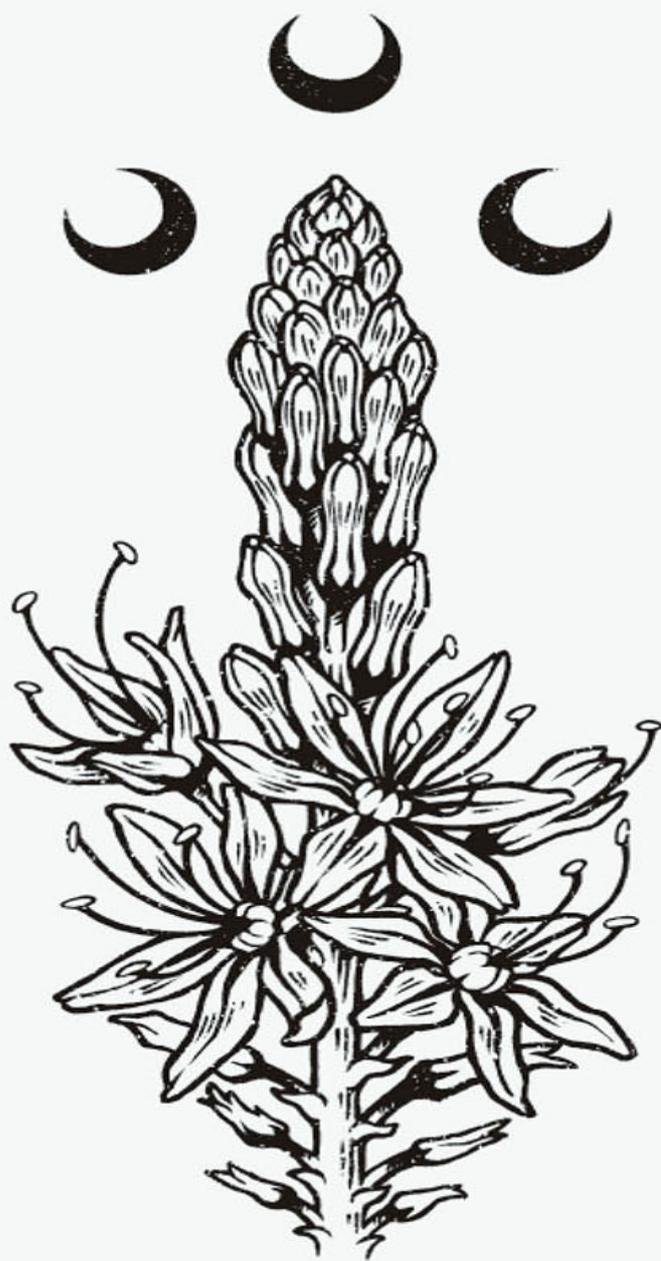


Alana S. Portero
La habitación
de las ahogadas



La Bella Varsovia

*Para Mar del Valle,
que hace rugir a los lirios.*

*Yo vengo a morir
a cantar
y a morir*

María Sánchez

I
LA DIOSA Y LA POLILLA

Abandonada la idea de la voz gótica, veo partir mi propia vida a lomos del último bisonte. Crece una polifonía en algún punto de mi cerebro como un tumor de origen angélico que acaricia y mata. Sólo sirvo para devorar juncos y allanar el camino a deidades que nada quieren decirme, soy un algo bestial que canta con voz clara, semiótica desechada, semilla suspendida en hielo perpetuo, un hada con la cabeza abierta.

Las niñas ya no pintan runas sobre mi piel con los dedos mojados en la sangre de sus padres y lo echo de menos, han abandonado el bosque ante el avance de las telarañas y los desdentados. Han perdido la voluntad para seguir imaginando mi topografía y darle forma.

Danzo alrededor de la hoguera sin compañía —y sin fuego— como demostración de debilidad, como celebración de la estupidez, danzo con la insistencia terminal propia de las mentes atormentadas y los cuerpos exhaustos. Aquí estoy, soplando un cuerno contra el catabático, tiritando y soñando con la inanición y el sarmiento, rezando al espíritu de la ceniza para que se lleve la peste y las mantecas que me visten, girando en torno a un agujero húmedo que no guarda memoria de las brasas. He olvidado las plegarias y las ha cubierto el musgo, puede que me siente a escuchar crecer mis uñas hasta que se conviertan en garras y sea capaz de rascar la superficie verde de las piedras, quiero enfebreecer buscando relieves que me devuelvan la lengua de mi madre. Ojalá no hayan desaparecido los augures si este día llega, ojalá queden vivas brujas de las

flores o druidas de ojos nublados que no hayan enloquecido. Ojalá exista alguien que quiera recordarme.

Trato de *escribir mi vida*
hora tras hora
con la esperanza de contar mi fragilidad
en *veintiún poemas de amor*
y un par de canciones en ruinas.
Pero yo no soy Adrienne Rich.
No sé leer las *arrugas*
de las ancianas enfadadas,
ni entiendo el lenguaje luminoso
que me muestra el telescopio
de Caroline Herschel
en las noches claras de verano.

Mi nombre está escrito en las olas
no en el agua
en las olas
porque es lunar y cambiante
no tiene resonancia en regiones de alabastro
ni se le espera en las habitaciones griegas.

Conozco el exilio que emparenta con la hiedra
que cobija moho y escarabajos
en las fachadas de los monasterios escuálidos.
La sombra es ágrafa, la miseria es muda,
las mujeres se esconden detrás de los carteles
los hombres nunca han sabido mirar de cerca.

Mi voz interior carece de substancia
y ha desaprendido
el arte de la mentira compasiva,
todo es luto y danza macabra,
llevo tatuadas plañideras en el pecho
que comparten la misma boca negra
—el mismo vacío triste—
cuya comisura empieza en un pezón y termina en el otro.

Me hubiera gustado reflejar la paz

de las ahogadas en el rostro.
Atreverme al *breathplay* definitivo
para ganarme una lápida en el gineceo.

Me aterra terminar junto al Orfeo de Trackl
esperando en una esquina de la dimensión
equivocada
a que un ángel blanco venga a decapitarme y
arroje mi cabeza al mar de la tranquilidad.

Temo seguir esperando la fiebre de la crisálida
cruzarme con sus vientos
y que nunca lleguemos a encontrarnos.

Cómo asciendo desde una niñez sórdida en el remolque del hombre del saco, a quién reclamo las bendiciones que se me deben. Las viejas que debieron besarme en la frente están sepultadas con los labios curvados hacia las encías y la boca negra.

Ya no rezan el rosario a media tarde.

Ya no cantan canciones de hambre.

Leo las vísceras de la noche y traen malos augurios, camino hacia un campo de helechos con la mirada perdida y el paso nervioso de las ahorcadas.

Arráncate tu ropa de vestal y vísteme con ella, traza un camino de fuego hasta la entrada del templo en el que he de esperar la palabra y la resurrección. Todos los mares dicen mi nombre. Todas las montañas asienten complacidas. Todos los abismos abren la boca y se desperezan. Todas las cuevas guardan secretos. Todos los ladrones bailan alrededor del féretro vacío de mi madre.

Vísteme con tu ropa de sacerdotisa y pronuncia en voz baja el nombre de mi patria, de mi familia, de mi raza, dame un motivo para no hundirme bajo el peso del mercurio, para seguir interpretando la danza de la malformación con gracia enfermiza y sonrisa pintada.

Vísteme con lo que te sobre cuando hayas participado en los misterios y vuelvas del bosque cansada y fría, con aliento a hierba mora, sabiendo que nada puedo ofrecerte más allá de la humillación de Casiopea, que las arpías no me permitirán la entrada en Mitilene de tu mano y tendré que esperarte en la playa alimentándome de crustáceos y abrasándome la piel.

Vísteme con tu mano arrugada cuando estés cansada de vivir, aunque sólo quede mi esqueleto combado y amarillento, hazlo al menos una vez, cúbreme con la última pieza que no hayan devorado las polillas y devuélveme la dignidad a deshora, cuando no la necesites, cuando la lluvia se esconda entre los muertos.

Índice

I. LA DIOSA Y LA POLILLA	3
I	4
II	6
III	8
IV	8
V	8
VI	8
VII	8
VIII	8
IX	8
X	8
XI	8
XII	8
XIII	8
XIV	8
II. PYTHIA	8
XV	8
XVI	8
XVII	8
XVIII	8
III. EL ANTRO	8
XIX	8
XX	8
XXI	8
XXII	8
XXIII	8
XXIV	8
XXV	8
XXVI	8
XXVII	8
CRÉDITOS	8